

P.W.Musgrave

Sociología de la educación



P. W. MUSGRAVE: *Sociología de la Educación*. Barcelona, 1972. Un vol., 370 págs.

P. W. Musgrave, actualmente profesor de Sociología en la Universidad de Aberdeen y antes jefe del Departamento de Ciencias de la Educación del Bede College de Durham, nos ofrece en este libro un interesante estudio de sociología educativa, dentro de esa línea macroeducativa de nuestros días, que incorpora al pensamiento y a las actividades pedagógicas una superabundancia de colaboradores de muy diversas procedencias. Sociedad y educación son, en verdad, términos inseparables. La sociedad crea culturas que, en cada ciclo histórico, la definen y configuran; y la educación transmite, conserva y renueva las culturas, siendo, al propio tiempo, causa y efecto de ellas. Así hay, entre sociedad y educación, una interacción por la cual la primera condiciona la segunda, y ésta, con signo positivo y negativo, influye en la primera. Por eso Natorp decía, con frase que muchas veces hemos citado, que la «pedagogía o es social o no es». El hecho educativo intencional es social por los medios y por los fines; la educación se ha convertido en un derecho (y a la vez, un deber) de todos los hombres, sin discriminaciones de clase alguna, y se considera ya como proceso permanente que acompaña y da forma al desenvolvimiento individual a lo largo de toda la vida; la in-

teracción socioeducativa llega a las infraestructuras materiales de la convivencia colectiva, a los aspectos económicos de la vida colectiva que, por otra parte, se han humanizado desde que, a partir de Adam Enith, se empezó a hablar de «capital humano»; la planificación educativa no es solamente incumbencia del educador frente al educando, ni del director pedagógico ante el centro escolar, sino amplia visión y ordenación de fines y medios de desenvolvimiento de un pueblo hasta sus máximas posibilidades por vía educativa, inserta en la filosofía política y en la política nacional de un Estado, definidor y realizador del bien común.

Musgrave, a través de la editorial Herder, que tan buenos servicios está prestando a las Ciencias de la Educación, en general, con sus publicaciones, estudia en este libro, y en esas direcciones, después de una introducción explicativa, los siguientes temas: En una primera parte, bajo el título «La educación y la estructura social», los de la familia, la familia y la educación, la clase social, las clases sociales y la educación, la economía y la economía y la educación. Después, las «funciones sociales de la educación», con los temas de estabilidad y cambio, la función política, la función de selección y la función económica. Y, por último, la «Sociología de la enseñanza» vista en las cuestiones de el educador como miembro de una profesión, el educador en el centro de la enseñanza, el educador en el aula y el rol del educador.

En su introducción explica cómo la creciente atención que se presta a la educación ha hecho surgir la sociología educativa, que —dice— no debe tener prejuicios para hacer un análisis imparcial de su objeto, dejando de lado la política, «aunque con gran frecuencia las decisiones en el campo educativo constituyen la esencia misma de la política». Algunas veces, el sociólogo se ve situado en una posición más allá de la que puede alcanzar sin tomar una postura filosófica determinada; y, en tal caso, debe ser consciente de cuándo basa sus razonamientos en la eviden-

cia y cuándo los fundamenta en creencias políticas o de otro orden.

En los dos primeros capítulos de la obra, Musgrave (refiriéndose siempre a la experiencia socioeducativa inglesa) trata de la familia como institución social, en primer lugar, y, después, como institución, ambiente o agente de educación. En cuanto institución social, es uno de los pequeños grupos humanos denominados «primarios», diferenciado de los otros por la relación hombre-mujer, por la afectividad y por el parentesco. Realiza diversas funciones: la vida matrimonial y la estabilidad emocional necesaria a sus miembros para la plenitud de su existencia; la subsistencia económica de tipo unitario o con la individualización laboral de los tiempos modernos, cada día más lejos de lo que Kelsall ha llamado el «autorreclutamiento» profesional; la socialización y desarrollo de la personalidad de los jóvenes, que surgen del encuentro, a veces conflictivo, de tres códigos de valores y de conducta: el del hogar, el de la escuela y el de la fábrica. Hay, por otra parte, diversos sistemas familiares, descubiertos y enumerados por los antropólogos: el de la «familia extensa» (agrupación de tres generaciones), anterior a la revolución industrial; el de la «familia nuclear» (mamá, papá y los niños), predominante en la clase media y, en general, en la familia moderna, de mayor movilidad geográfica y social como exigen los tiempos que corremos. Parsons —recuerda Musgrave— considera la familia como tipo muy peculiar de grupo reducido, en el que, abarcando todas las diferencias catalogadas por los antropólogos, hay un papel (el del padre) «instrumental» y otro (el de la madre) «expresivo»; y, dentro de ese pequeño grupo, se encuentran subsistemas (relaciones padre-madre, relaciones de la fratría, relaciones madre-hija, relaciones padre-hijo). La sociología de la familia (cuyo conocimiento es necesario al educador, sobre todo si el tipo de la familia propia es distinto del de las familias de los alumnos), investiga especialmente cinco aspectos demográficos:

tasas de natalidad, promedio de miembros familiares, promedio de edad en que se contrae matrimonio, tasa de divorcios y porcentajes de mujeres que trabajan, que nuestro autor explica seguidamente. Así considerada la familia como institución social, Musgrave se plantea los problemas de la familia y la educación. Esos problemas varían mucho según se trate de la familia extensa o de la familia nuclear, para la que se hace más patente la separación entre familia y escuela y la doble necesidad de una colaboración entre ambas y de una preparación del padre y de la madre a efectos de su misión educativa sustantiva y de colaboración. (Problemas que no existen, por ejemplo, como dice Margaret Mead en la familia y en los niños de Samoa y Nueva Guinea, porque los niños reciben en el ambiente familiar todas las enseñanzas de socialización que precisan.) Musgrave señala, ahora que tan de moda está hablar de educación personalizada, la importancia familiar para la formación de la personalidad. «Aun cuando el desarrollo de la personalidad es un proceso que continúa a lo largo de toda la vida —dice— los cimientos se ponen antes de que el niño vaya a la escuela.» ¿A qué se debe que un londinense o un escocés tengan su propia personalidad típica?, se pregunta el autor que comentamos. Y la respuesta es que se debe a la influencia familiar, que no sólo actúa en la personalización de cada individuo, sino en la personalización típica colectiva. Un ejemplo de esa influencia es la experiencia del Israel actual, en el que se encuentran dos tipos de jóvenes, los de los *moshavim* y los de los *kibbutzim*, a pesar de la identidad de los sistemas de enseñanza, debido a las diferentes organizaciones familiares de uno y otro tipo de granjas cooperativas. Finalmente, en estos aspectos en que se relacionan la familia y la educación, Musgrave señala la correlación entre las tasas de natalidad y el número de puestos escolares y de educadores; entre los niveles del C. I. de los niños y el número de miembros de la familia; la relación entre los matrimonios

prematuramente y los contenidos de la enseñanza; las implicaciones del mal comportamiento escolar y los divorcios; las previsiones de las autoridades escolares ante el porcentaje creciente de madres que salen de sus casas para trabajar.

De la familia, pasa Musgrave a estudiar «la clase social». Considera, en primer lugar, la estratificación social (con terminología geológica), que da lugar a una «jerarquía» de clases como indica la etimología griega de esta palabra, que quiere decir «gobierno de sacerdotes». La diferenciación social de esas jerarquizaciones es una institución social tan antigua como universal. Analiza los tres tipos principales de estratificación: el de *castas* (las castas hindúes y las castas por el color de EE. UU. y Sudáfrica); el de *estados* (nobles, clero y plebeyos) de la Edad Media en el sistema feudal, progresivamente menos complicado y rígido; y el de *clases sociales* (superior, media e inferior), que se diferencian de los otros dos tipos en que tienen en cuenta las propias realizaciones del individuo más que la posición adquirida por el nacimiento. Surgen, por eso, en ellas, el hecho y el concepto de la «movilidad social», ascendente o descendente, que es uno de los problemas centrales de la sociología y forma parte de los ideales democráticos en el sentido de que cada uno «sea hijo de sus obras». Y surgen también el hecho y el concepto de la «distancia social», de la separación entre las clases que esos mismos ideales tratan de eliminar en todo lo posible. La clase social es un amplio grupo sociocultural y económico, como acusa aquella definición de que hace años oímos respecto a la clase media: «es un señor que no tiene dinero». La posesión de riquezas materiales, de cultura y de poder político parecen ser determinantes principales de las clases sociales. A pesar de la movilidad social, las «clases» se transmiten de generación en generación a través de la familia. ¿Qué relación existe entre la clase social y la educación? En primer lugar, que cada clase representa una «cultura», o si se quiere, una subcultura que impone

unos moldes permanentes de «enculturación» llevados a todos los aspectos del comportamiento. Pero, por otra parte, y para facilitar la movilidad social y el acortamiento de distancias, hay, como ideal político general, el principio de igualdad de oportunidades que se ha definido como «posibilidad que todos tienen de convertirse en desiguales». La subcultura social en que los niños, jóvenes y adolescentes viven y se desenvuelven, y que los condiciona, incide sobre la personalidad, la capacidad perceptiva y la manera de razonar. Es una dificultad para llegar a «una común cultura de clase» que se elaboraría haciendo que la enseñanza de nivel secundario se generalizara en las mismas condiciones que la primaria o básica. Pero para ello será necesario fijar cuidadosamente los rasgos esenciales de esta común cultura secundaria para todos, cosa nada fácil ciertamente.

Sigue Musgrave con el estudio de la estructura económica y sus interacciones con la educación. Dentro del campo de la economía (la primera disciplina autónoma en el campo de las ciencias sociales), hay tres temas especialmente relacionados con la educación: capitalismo, división del trabajo y pleno empleo. La sociedad industrial en que vivimos se caracteriza por la existencia de unidades de producción de gran tamaño, directores de empresas profesionales, intervencionismo estatal, aceptación de las innovaciones científicas y técnicas para el mejoramiento cuantitativo y cualitativo de la producción de bienes de todo orden, y actitud general favorable hacia los cambios. Por otra parte, está creciendo el porcentaje de población activa perteneciente al sector terciario y secundario. Y todo ello plantea problemas de tipo educativo general y profesional y de relación entre los planes de estudio académicos y el empleo futuro, tanto más cuanto más rápidamente cambie éste. Todos los tipos de educación en la época actual constituyen un tema central de la teoría económica. Gran parte de la educación académica ha llegado a ser considerada como

educación profesional. Los economistas han tratado de elaborar una «economía de la educación» una vez comprendida la nueva función que desempeña la educación en las sociedades industriales; y hoy cabe considerar la educación como una industria eficiente, cuya productividad puede medirse. Así, por ejemplo, en Inglaterra se ha comprobado que los trabajadores con escolarización hasta los quince años, alcanzaban una renta de 636 libras; con escolarización hasta los dieciocho años, de 1.034 libras, y con escolarización hasta los diecinueve años o más, 1.583 libras.

Refiriéndose a las funciones sociales de la educación, Musgrave señala cinco: transmisión de cultura, de carácter conservador; formación de innovadores científicos, técnicos, políticos, artísticos para asegurar la renovación, el cambio, la historicidad esencial al hombre; formación política en el doble sentido de *producir* dirigentes a todos los niveles de una sociedad democrática y de ganar la lealtad popular a los sistemas de gobierno; formación de la selección social para destacar y elegir los elementos humanos más capaces en el conjunto de las actividades sociales; formación económica para que en todos los niveles de la escala laboral dispongan de mano de obra cualificada, según las exigencias de la técnica. Equilibrio entre estabilidad y cambio; preparación para la participación democrática; cultivo del «pool de talento» o «pool de idoneidad» (C. I. más esfuerzo); revisión de los planes educativos y selección de materias de enseñanza y aprendizaje al servicio de las necesidades sociales de bienes materiales y espirituales.

Finalmente, Musgrave se plantea las cuestiones relativas a la profesionalización educativa. Empieza por preguntarse qué es una profesión y si existe una «profesión docente». La profesión como «hecho social», según definición de Durkheim, se caracteriza porque el experto que la ejerce es requerido por el ignorante de ella para resolver sus problemas. Una profesión exige: una base de conocimientos; inteligencia y práctica; una mística de dedi-

cación y entrega mayor o menor (casos extremos el sacerdocio, el magisterio, la medicina). La actividad docente es una profesión plena; pero se ve amenazada en los tiempos actuales por la concurrencia de los medios de comunicación social, de los medios audiovisuales, de las máquinas, de la enseñanza programada; y, de ser arte y artesanía, pasa a transformarse en una ciencia técnica, mecanizada, deshumanizada diríamos. Al tratar de quiénes son los miembros de la profesión docente, Musgrave apunta una idea muy digna de ser meditada. «Los empleados en cargos de carácter administrativo —dice— referentes a la educación, se hallan en una relación sociológica muy diferente, puesto que se encuentran muy alejados de los clientes de la profesión, los alumnos; cabría excluirlos.» Ahora bien; el profesional docente está sometido en su actuación a un «conjunto de roles» en torno al «rol principal del educador», a veces contradictorios; y ello plantea problemas tan delicados como el de la libertad del educador y sus límites, los derechos y deberes de los alumnos, de la sociedad, de la autoridad, de los padres, de los propios maestros en la realización del «hecho educativo». Especialmente es digna de consideración la posición del educador dentro del aula y la aplicación de la sociometría a la investigación de la dinámica manifiesta y oculta del grupo correspondiente. Musgrave cita tres tipos de educador: el profesor intelectual, centrado en su asignatura; el profesor centrado en el alumno; el profesor misionero, centrado en preocupaciones sociales, afanado por el perfeccionamiento colectivo y enfrentado con los síntomas de decadencia. Y hace reflexiones acerca de las posibilidades y limitaciones de cada uno de esos tipos, muy dignas de tenerse en cuenta cuando se trata de educadores de enseñanza media, de adolescentes (la etapa más difícil de la vida), condenados al fracaso si proceden centrados en la disciplina de una asignatura, como meros transmisores de conocimientos.

JUVENAL DE VEGA Y RELEA